



Pedro Casaldáliga, el obispo con la mitra de paja

SERGIO PADILLA MORENO

Introducción

Si revisamos la historia de los veinte siglos del cristianismo, podemos constatar que la frescura, novedad perenne y radicalidad del Evangelio, a menudo ha quedado constreñida a densos esquemas teológicos, rígidos cánones institucionales e inflexibles esquemas morales. Pareciera que ha ganado la tentación de volver a tejer, de abajo hacia arriba, el velo desgarrado del Santuario del Templo de Jerusalén (Mt. 27, 51) y que Dios no ande por ahí, suelto en el mundo, sino que la institución eclesial ejerza, desde la autoridad jerárquico-clerical, su dimensión pontifical y religadora, interpretando y validando la voluntad divina, determinando quién, cómo y cuándo entra a la esfera de lo sagrado. Ciertas dinámicas del Antiguo Testamento siguen estando presentes en el cristianismo católico, ahogando la frescura del Evangelio; pero al igual que los pretéritos tiempos judíos, hoy en día siguen resonando voces proféticas de hombre y mujeres apasionados del Reino, que nos recuerdan y señalan con su vida y pensamiento el proyecto del Dios y de su revelación definitiva en Jesús de Nazaret, aunque hay que constatar que, para muchos de ellos, su suerte no ha sido tan diferente al trágico final de muchos de esos grandes profetas de Israel.

Una vez que un profeta de nuestro tiempo, como lo fue el recientemente canonizado papa Juan XXIII, tomó conciencia de esta realidad, quiso sacudir a la Iglesia de su anquilosamiento para que recordara el sentido de su misión y así saliera al encuentro del hombre moderno para compartir sus alegrías y esperanzas, así como acompañarle solidariamente en sus tristezas y angustias. En el discurso papal de apertura de la reunión conciliar dijo que la Iglesia “debe mirar a lo presente, a las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo actual, que han abierto nuevos caminos para el apostolado católico.”⁹

La sensibilidad del llamado “Papa bueno” iba en sintonía con las voces cada vez más críticas y demandantes dentro de la Iglesia, que constataban la necesidad de un cambio de criterios y valores en el modo de ejercer su misión en el mundo. Entre esas voces estaba la de Pedro Casaldáliga, un joven sacerdote claretiano de origen catalán, nacido el 16 de febrero de 1928, quien se convertiría en uno de los profetas más auténticos de los últimos años, dentro y fuera de la Iglesia, y ser considerado uno de los forjadores de la llamada Teología de la Liberación.

La espiritualidad de la liberación que anima dicha teología, nunca se quedó en un simple discurso en el caso de Casaldáliga, sino que la hizo poesía, vida, carne, historia y conflicto en sus opciones y criterios al servicio de la gente, entendiendo que esta espiritualidad “se concentra en lo más universal, urgente y decisivo del universo humano: la realidad de los pobres y su grito por la vida, por la justicia, por la paz, por la libertad, contra la dominación y la opresión.” (Casaldáliga-Vigil, 1992: 278) Esta encarnación de la espiritualidad de la liberación y tocar la vida de los pobres en deshumanizantes situaciones de frontera, lo puso en un horizonte epistemológico que le hizo gritar que la Iglesia necesita cambios radicales para convertirse al Evangelio. Él mismo no esperó que los cambios se hicieran desde arriba, sino que fiel a su conciencia, al Evangelio y al Concilio, actualizó con creatividad y audacia un modo de hacer pastoral. Sus demandas proféticas le han valido ser calificado como una voz disidente dentro de la Iglesia y un sujeto incómodo para los intereses de los poderosos.

⁹ http://www.vatican.va/holy_father/john_xxiii/speeches/1962/documents/hf_j-xxiii_spe_19621011_opening-council_sp.html

Rasgos de una vida de entrega y servicio

El itinerario teológico-pastoral de Casaldáliga tuvo como punto de partida el contexto que le dio haber nacido en el seno de una familia católica tradicional, que lo formó en la visión clerical y teológica tridentina que se respiró en la Iglesia española del primer tercio del siglo xx. Desde pequeño sintió el deseo de ser sacerdote, por lo que ingresó al seminario de la Congregación claretiana, donde, gracias a su carácter rebelde, radical y crítico, tal como él mismo se califica (Casaldáliga, 1976: 149), fue paulatinamente transfigurando su visión de la Iglesia, la vida religiosa y el mundo, hacia una convicción radicalmente diferente. Ejerció los primeros años de su ministerio sacerdotal en Sabadell, Barcelona, Guinea Española y en el Seminario Claretiano de Barbastro.

A través de diversos trabajos y ministerios, Pedro Casaldáliga fue testigo de “la humana experiencia de la migración, el trabajo, la familia, la llamada sociedad, el vicio, el remordimiento, el dolor y las ilusiones [...] el hombre en masa en las manadas del metro, de las fábricas y las calles.” (1976: 25) Es conocida la radical posición que tomó, junto con otros seis compañeros de su congregación, para pedir al P. Schweiger, Superior General, que el instituto religioso adoptara los criterios del Concilio Vaticano II, de lo contrario, dice Casaldáliga, “habríamos de tantear otros derroteros” (1976: 24).

El proceso para actualizar el carisma y misión con los nuevos tiempos fue complejo y generó tensiones que se hicieron comunes en muchas congregaciones y órdenes religiosas, debido a las antagónicas tendencias que se manifestaban entre los que pedían cambios y renovación, contra los que propugnaban que las cosas se mantuvieran por los caminos validados por la tradición y la ortodoxia. El propio Casaldáliga participó en los trabajos capitulares y, a raíz de sus posiciones, se le llegó a dar el mote de “Che Guevara”. Finalmente, en el Capítulo General efectuado en 1967, se renovaron las constituciones de los Misioneros Claretianos, fundados en 1849 por San Antonio María Claret. (1976: 29-30)

Como frutos personales de la renovación congregacional a la luz del Concilio, el P. Casaldáliga hizo un profundo discernimiento para decidirse a participar en la misión que la Santa Sede pedía a los claretianos para la atención pastoral de la región norte del estado brasileño de Mato Grosso. Recién cumplidos los cuarenta años, daba “un salto en el vacío del otro lado del mundo”. (1976: 30). Llegó así a un país en crisis, el cual estaba sometido

políticamente por un represivo régimen militar, de los conocidos como de “seguridad nacional”, y se dirigía a una región de rancieros y violentos conflictos entre los intereses latifundistas de la oligarquía capitalista, contra los labradores, peones y diversas etnias indígenas.

En julio de 1968 el P. Casaldáliga llegó a Brasil y se dirigió a São Félix do Araguaia, sede de la Prelatura, situada a 1,300 km de Brasilia y que abarca un territorio aproximado de 150,000 km². La región es habitada por diferentes etnias como los xavante, carajá, tipirapé y xingú, entre otras. Las paupérrimas condiciones de infraestructura, servicios y desarrollo, además de los conflictos que se mencionaban líneas arriba, hacían de esta región una de las más pobres y marginadas de Brasil. Dice Casaldáliga: “la primera semana de nuestra estancia en São Félix murieron cuatro niños y pasaron por casa en cajitas de cartón, como zapatos, camino de aquel cementerio sobre el río en el que posteriormente habríamos de enterrar a tantos niños —cada familia cuanta con tres, cuatro, hijos difuntos— y a tantos mayores —muertos o matados— quizá sin caja y hasta sin nombre” (1976: 33).

Desde el inicio de su ministerio constató que la gente vivía en condiciones de miseria inhumanas, por lo que los principios evangélicos de la opción por los pobres y la Teología de la Liberación fueron adoptados inmediatamente por él como horizonte y criterios de práctica pastoral, para aprender a ver el mundo desde la realidad concreta de esa gente y así asumir, material y solidariamente, su modo de vida. Los testimonios de mucha gente respecto a la sencillez de sus habitaciones, sus modos de traslado en el interior del territorio de la Prelatura, su pobreza en el vestido y alimentos son más que elocuentes.

El 23 de octubre de 1971, después de algunas resistencias de su parte, el P. Casaldáliga fue consagrado obispo según el nombramiento que le fue dado por el papa Paulo VI. Ese día, por decisión personal no usó anillo, ni mitra, ni báculo. En la invitación a la consagración habría escrito:

«Tu mitra será un sombrero de paja sertanejo; El sol y el claro de luna; la lluvia y el sereno; la mirada de los pobres con quienes caminas y la mirada gloriosa de Cristo, el Señor.

» Tu báculo será la Verdad del Evangelio y la confianza de tu pueblo en ti.

» Tu anillo será la fidelidad a la Nueva Alianza del Dios Libertador y la fidelidad el pueblo de esta tierra.

»No tendrás otro escudo que la fuerza de la Esperanza y la Libertad de los hijos de Dios, ni usarás otros guantes que el servicio del Amor.» (1976: 48)

La labor episcopal de Pedro Casaldáliga al frente de la Prelatura concluyó en 2005, una vez que presentó su renuncia canónica al cargo, después haber cumplido los 75 años de edad. A lo largo de poco más de 33 años, su labor pastoral se impregnó de un profundo sentido profético. Desde el principio, y a lo largo de todo su ministerio, haberse puesto en cuerpo y alma desde el lugar y al lado de los pobres en la defensa de sus derechos, además de promover, implementar e impulsar diversas iniciativas de promoción humana, provocaron la molestia y persecución del poder económico —específicamente latifundistas— y político de Brasil, así como serios conflictos, incomprendiones, persecuciones y difamaciones de muchos de los propios obispos de la *Conferência Nacional dos Bispos do Brasil* (CNBB). Desde la perspectiva pastoral, el trabajo de Casaldáliga se dio en la lógica de las Comunidades Eclesiales de Base, además de la participación activa de los laicos en la toma de decisiones respecto al rumbo de la Prelatura.

La vida e integridad física de Casaldáliga tuvo que enfrentar, además de los ataques difamatorios ya aludidos, constantes amenazas de expulsión y deportación, presiones de diverso tipo. En ciertos momentos hubo algunos intentos de asesinarlo que fueron infructuosos, aunque tuvo que experimentar la muerte de varios de sus sacerdotes y laicos colaboradores de la pastoral, así como de innumerables personas que defendía su derecho a la tierra, la libertad y una vida digna para ellos y sus familias. Una muerte muy significativamente dolorosa para Casaldáliga fue la del padre jesuita Joao Bosco Penido, en octubre de 1976, cuando fue abatido a balazos —en un ataque que, al parecer, iba dirigido hacia Casaldáliga— mientras se dirigían juntos a la cárcel de Ribeirao Bonito, para defender a un par de mujeres campesinas que habían sido detenidas y torturadas. (Cabestrero, 1978: 97) Al referirse a esa terrible experiencia, Casaldáliga dijo que “su sangre fecundó nuestro suelo, nuestra vida, el futuro de nuestra Iglesia, este Pueblo del sertão. Esta muerte ha despertado la conciencia de la Iglesia nacional. Espero que sea de un modo profundo y duradero. Yo me he sentido muy próximamente afectado. Quizá el martirio está más cerca que nunca” (1977: 32).

Desde que asumió el cargo episcopal de la prelatura, Casaldáliga se negó ir un par de veces a Roma para la visitas *Ad limina* a que están obligados

canónicamente los obispos del mundo, cada cinco años, para informar en el Vaticano el estado de sus diócesis y rendir cuentas al Papa. La razón que expuso a su negativa fue: “si no pienso hacer la visita «ad limina» es porque me costaría muchos cruzeiros en viajes y capisayos, y encontraría interferencias de antesalas que no puedo reconocer como «eclesiales». Lo que yo quisiera es poder encontrarme más sencilla y llanamente, y hablar de hermano a hermano, con Pablo, el obispo de Roma” (1976: 164).

Sin embargo, ante las crecientes tensiones con la Santa Sede, en junio de 1988, asistió al Vaticano en respuesta al citatorio de los poderosos cardenales Bernardin Gantin y Joseph Ratzinger, titulares de las Congregaciones para los Obispos y de la Doctrina de la Fe, respectivamente, con los que, comenta el propio Casaldáliga, los encuentros fueron de “hora y media de interrogatorio y diálogo, no sé bien en qué proporción. Bromeando decía yo a los amigos que sería el encuentro en examen de disciplina y un examen de doctrina” (2005: 254).

Uno de los muchos puntos de tensión con el Vaticano eran los viajes de Casaldáliga a acompañar solidariamente el caminar de la Iglesia en Nicaragua, y así manifestar abiertamente su amistad solidaria con el sacerdote y poeta Ernesto Cardenal, y dar su apoyo a la revolución sandinista y expresar su condena a las intromisiones políticas y económicas de Estados Unidos en los países de América Central. En una entrevista publicada en periódico español *El País*, dijo que para despresurizar la tensión con Roma decidió suspender de momento sus visitas a esa nación y le escribió al Papa: “para evitar incomprendiones o conflictos entre hermanos, voy a suspender mi ida a Nicaragua, el próximo mes de febrero. Espero que no falten ni la oración ni la solidaridad de muchos a favor de Centroamérica, tan conflictiva y tan decisiva para el futuro político y eclesial de nuestro continente; y particularmente espero que no le falte esa solidaridad de emergencia a la pobre Nicaragua” (*El País* 15/1/1989).

Los rasgos de un profeta

Casaldáliga poeta

Es innegable que la vida de un hombre del talante de Pedro Casaldáliga genera suficiente interés para tratar de entenderlo integralmente más allá de los datos estrictamente histórico-biográficos. Los horizontes de análisis y pistas de ac-

ceso a su vida y su persona pueden ser variados según el aspecto desde el que se le quiera mirar. Se le puede conocer a partir de su vocación y carisma como religioso claretiano; o bien, el modo, estilo y criterios con que ha ejercido su ministerio sacerdotal, y más específicamente su peculiar labor episcopal. También se le puede estudiar desde el horizonte de la acción política —en el sentido amplio del término— que ejerció en muchos momentos de su ministerio; no estaría por demás acercarse a dimensiones estrictamente humanas como su proceso de madurez, el modo como vive la libertad y cómo enfrentó los conflictos y los momentos difíciles que le tocó vivir, etcétera.

Pero este acercamiento no basta tratándose en alguien como él, pues surge también el interés por asomarse a sus abismos interiores, de desenrañar los principios, creencias, motivaciones y dinámicas más profundas para vislumbrar qué es aquello que lo sostiene en sus luchas y esperanzas. Qué es lo que le permite enfrentar con humildad, decisión y honestidad sus propias tentaciones y debilidades, qué le da la fuerza para enfrentar firmemente los serios conflictos que generan sus opciones y acciones, así como para entender cómo es que se ha mantenido tantos años, fiel y firmemente, en situaciones de frontera, acompañando solidariamente la vida de innumerables hombres y mujeres que enfrentan situaciones extremas de dolor, marginación, violencia, injusticia, explotación, deshumanización, etcétera, y donde muchas veces los resultados de los esfuerzos pastorales y acciones de promoción humana son muy pobres en comparación con las demandas que impone la compleja realidad.

¿De dónde la viene la fuerza a este hombre de enjuta figura, casi quijotesca, para no agrietarse ante las heridas que, sin duda, le han provocado la lucha interior por buscar un mundo mejor? Porque es un hecho que “todo el que busca la justicia del evangelio vive en diferentes proporciones un conflicto exterior e interior que puede desgarrarlo. Vivir el conflicto de manera creadora es un desafío” (González, 2002: 28).

Afortunadamente, a lo largo de su vida, el propio Casaldáliga ha escrito varios diarios personales, que luego se han publicado, en donde iba dando cuenta de algunos de los más significativos sucesos de su vida y reflexionando sobre ellos, por lo que estos documentos invaluable nos han permitido acercarnos a su ser más profundo y su experiencia: *Yo creo en la justicia y la esperanza. El credo que ha dado sentido a mi vida* (1976), *La muerte que da sentido a mi credo. Diario 1975-1977* (1977), *En rebelde fidelidad. Diario*

1977-1983 (1983) y *Cuando los días dan que pensar. Memoria, ideario y compromiso* (2005).

En el caso de Casaldáliga hay un elemento muy particular que puede fungir como bisagra o principio integrador y articulador entre su praxis y su insondable universo interior: su talante poético. Pedro Casaldáliga es un profeta y pastor que, a través de la poesía, ha expresado su experiencia de Dios, ha manifestado sus búsquedas y preguntas, ha compartido su amor, dolor y lucha por la Iglesia y ha proclamado su sueño por la liberación integral del ser humano, especialmente por los más pobres. La poesía es el vehículo como nos ha contado sus encuentros, sus sueños, sus lecturas, los rostros que lleva inscritos.

En su biografía se revela cómo la poesía es energía que se abre paso irremediabilmente; no anula ningún carisma, sino que es capaz de acercar el evangelio a nuestra humanidad: es la suya decididamente una poesía al servicio del Evangelio... Su poesía está viva, sostenida y potenciada por las personas que convivieron con nuestro poeta y nos ofrecen su testimonio directo (Contreras Molina, 2004: 224).

A partir de lo anterior queda claro que la poesía de Casaldáliga nos permite atisbar la hondura y la plenitud de un abismo interior plenamente habitado de nombres y de rostros, de experiencias y de luchas. Con su poesía Casaldáliga da testimonio de que los seres humanos, como dice el jesuita Benjamín González Buelta (2002: 15), “encontramos a Dios en lo profundo de la realidad, y la realidad en la profundidad de Dios”. Con su poesía nos recuerda que “buscamos una nueva mística lanzándonos a la comunión con el amor arriesgado de Dios en nuestra historia, y una nueva ascesis que nos permita estar disponibles para acoger y realizar las nuevas propuestas de Dios” (González, 2002: 16).

Algunos de los títulos que recogen su trabajo poético son: *Llena de Dios y de los hombres* (1965), *Experiencia de Dios y pasión por el Pueblo* (1983), *Fuego y ceniza al viento. Antología espiritual* (1984), *Cantares de la entera libertad* (1984), *Llena de Dios y tan nuestra. Antología mariana* (1991), *Sonetos neobíblicos, precisamente* (1996).

Uno de los ejes más profundos de su poesía es su contemplación del misterio de la Encarnación, donde reflexiona sobre la figura de María, la presencia de Dios entre los más pobres y la lucha por la dignificación de la vida. He aquí un ejemplo:

Él se hizo uno de tantos

En la oquedad de nuestro barro breve
el mar sin nombre de Su luz no cabe.
Ninguna lengua a Su verdad se atreve.
Nadie lo ha visto a Dios. Nadie lo sabe.

Mayor que todo dios, nuestra sed busca,
se hace menor que el libro y la utopía,
y, cuando el Templo en su esplendor lo ofusca,
rompe, infantil, del vientre de María.

El Unigénito venido a menos
traspone la distancia en un vagido;
calla la gloria y el amor explana;

Sus manos y Sus pies de tierra llenos,
rostro de carne y sol del Escondido,
¡versión de Dios en pequeñez humana!
(1996: 13)

Casaldáliga pastor

En el caso de Pedro Casaldáliga el testimonio de una vida entregada a los más pobres nos impele a tratar de acercarnos a los cimientos, por lo menos los más importantes, que fundamentan su inspiración poética, su praxis y opciones pastorales al servicio de los hombres y la Iglesia. Hablemos pues de dos ejes que pudieran ayudarnos en este acercamiento: la mística que lo constituye y su visión de Iglesia.

La mística cristológica como criterio fundamental

La piedra angular de la vida y vocación de Casaldáliga es su amor por Jesucristo, de Él parte todo. Y la experiencia compartida con muchos hombres y mujeres que lo han conocido, confirman que es un apasionado de la persona

y proyecto de Jesús de Nazaret y que esta relación es la piedra angular de su persona y su praxis. Dice Casaldáliga:

Hablo de Jesucristo en todas estas páginas, como es lógico. ¡Creo que creo de verdad en Él! ¡Creo en Él y Le adoro! Le amo. Vivo de Él. Me gustaría dar por Él la vida. Espero, en todo caso, morir en Él para vivir con Él eternamente. ¡Creo en este Amigo que me presentaron mis padres, la Iglesia; Dios hecho hombre nacido en Belén, de la casta de David venida a menos, hijo verdadero de María, judío y obrero, natural de un pueblo colonizado; Hombre que ama y sufre y muere, perseguido y condenado por el Poder de los hombres. Resucitado por el Poder de Dios, Hombre Hijo de Dios, misteriosamente igual al Padre, «en Quien habita corporalmente la plenitud de la Divinidad», cuyo Espíritu anima a la Iglesia, Camino, Verdad y Vida, Salvador de los Hombres, el Señor! Muertos los ídolos y los fantasmas, creo firmemente, creo únicamente en Él, el dios hombre que ha asumido y revolucionado y solucionado la Historia humana, y es el rostro verdadero del Dios vivo y el Rostro primigenio del Hombre Nuevo (1976: 143-144).

La profunda relación de fe de Casaldáliga con Jesucristo, le ha permitido configurar una experiencia integradora de todas las dimensiones humanas que nos constituyen: cuerpo, pensamiento, afectividad y decisión. “Desde esta integración es consciente de que Dios nos envía al mundo que Él ama hasta el extremo de entregar a su hijo a la pasión. En el mundo está presente y trabaja, nos necesita y nos espera. Por eso, la experiencia de Dios tiene que estar también integrada en la realidad, sin quedar presos de intimismos sin prójimo ni historia” (González Buelta, 2002: 32).

Por otra parte, la pasión cristológica de Casaldáliga le ha llevado a actualizar, en hechos concretos, uno de los ejes fundamentales del Evangelio y su realización histórica: la pobreza. A lo largo de la milenaria vida de la Iglesia, este signo ha sido a menudo motivo de contradicción, desencuentros y escándalo. La Teología de la liberación y la espiritualidad latinoamericana la han constituido en criterio central de vida y opción pastoral, y así lo ha testimoniado a la Iglesia universal. En el caso del obispo de São Felix do Araguaia, la pobreza nunca fue un discurso, ni un “signo” descolorido que tuviera que explicarse o justificarse —con lo que perdería su sentido—, sino un testimonio radical, claro y directo de lo que es un valor capital para la Iglesia. Dice Casaldáliga:

La pobreza cristiana ha de ser simultáneamente: denuncia profética de la pobreza maldita en que vive la mayoría de los hijos e hijas de Dios; vivencia evangélica del despojamiento kenótico, la infancia espiritual, el proceso pascual de Jesús; y solidaridad comprometida con las luchas de los pobres, con los procesos de liberación de los pueblos. Parece ser que cada día son más —en la Iglesia, en el mundo— los que se muestran cansados de oír hablar de pobres y de opción por los pobres. Sería importante que esos señores y señoras entendieran que son muchos más los que, hace tiempo, están cansados de ser pobres. (2005: 261)

Su visión de Iglesia

De la experiencia y convicción cristológica de Casaldáliga se derivará su eclesiológia. El modo como concibe a la Iglesia tiene su fundamento en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II, especialmente su dimensión de “Pueblo de Dios” que camina en el tiempo presente (LG 10), además del acento que pusieron los padres conciliares respecto a que la misión de la Iglesia es anunciar y actualizar el Reino de Dios (LG 5). Esta última dimensión es tomada por la espiritualidad de la liberación, ya que reinocentrismo representa “el carácter histórico-escatológico del mensaje de Jesús: la Causa de Jesús, aquello por lo que él vivió, luchó, murió y resucitó” (Casaldáliga-Vigil, 1992: 277). De aquí se alimenta la fuerza que le hizo expresar con vehemencia, en medio de los momentos más álgidos de su labor pastoral, que “Dios está con nosotros. Y el verdadero Brasil también. Con nosotros está la Historia que camina hacia la Justicia, hacia la Libertad, hacia la Fraternidad” (Casaldáliga, 1977: 24).

A lo largo de los muchos textos que dan razón de su pensamiento, experiencias y reflexiones, Casaldáliga aborda constantemente el tema de lo que para él constituye y configura a la Iglesia, y desde allí denuncia proféticamente sus sombras: involución, anquilosamiento, acomodamiento a la lógica del mundo, olvido de su misión fundamental, etcétera. Ya se mencionó líneas arriba que su visión crítica le ganó serias enemistades y conflictos al interno de la misma Iglesia. Se pudiera afirmar que el aspecto concreto por el que Casaldáliga ha sido considerado una voz disidente dentro de la Iglesia no ha sido tanto por sus ideas teológicas de tipo teórico, sobre lo cual ha escrito más bien poco, sino por su visión pastoral construida a lo largo de su experiencia en Brasil y que, desde ella, haya hecho una serie de críticas,

siempre profundas, valientes y fundamentadas, de los aspectos teológicos, estructurales y prácticos que le impiden a la Iglesia situarse, desde criterios más auténticamente evangélicos, en una posición de mayor servicio al hombre contemporáneo, especialmente a los más pobres y marginados de los actuales sistemas políticos y económicos.

Todas mis rebeldías y libertades han sido fruto de mi identificación con la Iglesia. Me ha dolido, me duele porque la amo. Porque la amo, la quiere distinta. Puedo criticarla y hasta violentarla, porque también es mía. Como para muchos otros, la Iglesia para mí ha ido pasando de ser mi madre a ser hermana mía, mi familia, la familia de Dios, un Pueblo que ya lo es todo en su Cabeza, Jesucristo, pero que vamos construyendo entre todos; yo también, como sacerdote, como obispo [...] Sé muy bien que la Iglesia me excede infinitamente, pero sé también que depende de mí, que es lo que soy, según yo la hago. Sé que aún es mi madre, vieja y querida, chocha y gloriosamente vital, anterior a mí, seno y leche y regazo de mi vida nueva y atribulada, causa de mis desazones y mi testaruda fidelidad, por la que estoy dispuesto a dar la vida (1976: 148).

Apuntemos un rasgo más de la eclesiología de Casaldáliga, y es referente a la inserción social que tiene que hacer la Iglesia para servir al hombre concreto desde sus contextos específicos y no exclusivamente desde Roma, la nunciaturas o desde las situaciones de privilegio en que viven muchos pastores alejados de las luchas y anhelos de sus pueblos. Dice Casaldáliga:

Hay una Iglesia del Tercer Mundo —Asia, África, América Latina, Oceanía, que debe ser reconocida como diferente y autóctona, en fuerza de la misma Catolicidad. Y debe, ella misma, asumir libremente su identidad original y lanzarse a cumplir su misión, sin complejos, sin mimetismos, dentro del propio mundo; como debe coadyuvar corresponsablemente en la común Misión, dentro de las otras dos Iglesias —la primera, del Oriente, la segunda, de Europa y Estados Unidos. Muchas veces he pensado que la peculiar Misión de esta Iglesia del Tercer Mundo sería, aquí, entre sus Pobres y allá, para los ricos: denunciar la miseria que oprime, y anunciar la Pobreza que libera (1977: 85).

A partir de este amor y libre decisión de fidelidad a la Iglesia, Casaldáliga ha soportado los diferentes embates e incomprensiones permane-

ciendo fielmente dentro de ella; en sus escritos nunca se podrán encontrar palabras de amargura o resentimientos que hagan pensar que haya querido abandonarla. Su fidelidad, se transformó en compromiso y en voz profética: “cuanto más comprometidos estemos con el pueblo, más deberíamos comprometernos en la Iglesia. Para provocar a la propia Iglesia, a la propia jerarquía, para sacudirla, para darte a la jerarquía y toda la Iglesia sabor, olor —y hedor incluso— de pueblo, de sus dramas, de su sangre, de sus aspiraciones” (1988: 22).

De los muchos aspectos concretos que criticó abierta y claramente de la vida de la Iglesia ¿cuáles pudieran ser los más importantes, insistentes y significativos? Porque los temas que ha abordado a lo largo de su vida son variados. Por mencionar sólo algunos habría que enlistar: el cuestionamiento que hizo a la función de las nunciaturas y su representatividad ante los gobiernos en turno; los criterios que sustentan la organización y viajes papales; la situación de marginación de la mujer dentro de la organización y decisiones de la Iglesia; los oscuros procesos de las autoridades inquisidoras eclesiales en cuanto a la revisión y castigo de las posiciones doctrinales de muchos teólogos; las resistencias concretas de muchos sectores de la Iglesia para acercarse a la situación de los pobres, los indígenas y otros grupos socialmente marginados, etcétera.

Pero dentro de todos estos aspectos, mencionemos en concreto las que hizo a dos instituciones fundamentales de la dimensión jerárquica de la Iglesia: el papado y a la Curia romana. Casaldáliga dice:

Pedro es una cosa; el Vaticano, otra. El papa podría tener su curia y sus ayudantes —que los necesita—, pero muy de otra manera. El papa podría ser papa de una manera más sencilla, más evangélica (a nuestro entender, ¿no?), más evangelizadora también. A ustedes no les gusta el Vaticano; a mí tampoco me gusta, como está. Eso no dice nada contra nuestra fe. Tenemos el derecho y tenemos el deber de querer y hacer que la Iglesia sea siempre más auténtica y más ejemplar. Ustedes son también «la» Iglesia. Obedecer al papa y a los obispos no significa callarse ante ellos, como niños sin responsabilidad, y aceptar simplemente todo lo que ellos digan o hagan. En la Iglesia debemos ser adultos (1985: 109-110).

El 22 de febrero de 1986, Pedro Casaldáliga le dirigió al papa Juan Pablo II una carta donde le expone abiertamente varios aspectos que considera de-

ben ser revisados en la Iglesia, en respuesta a una serie de acusaciones hechas en su contra por algunos de los obispos brasileños. Dos años después, en el contexto de la comparecencia que tuvo que hacer al Vaticano, el periódico español *El País* publicó extractos de dicha carta. Entre los muchos tópicos que se abordan en ella, habría que destacar cuatro para ejemplificar el alcance de la crítica profética sostenida por Casaldáliga a lo largo de su vida:

Querido papa Juan Pablo II, hermano en Jesucristo y pastor de nuestra Iglesia (...)

Evangelio y pobreza. No tome como impertinencia la alusión que haré a (...) situaciones (...) controvertidas en la Iglesia (...) y hasta impugnadas, sobre todo hoy, cuando el espíritu crítico y el pluralismo atraviesan también fuertemente la vida eclesial. Abordar nuevamente estos asuntos incómodos hablando con el Papa es para mí expresar la corresponsabilidad en relación con la voz de millones de hermanos católicos —de muchos obispos también— y de hermanos no católicos, evangélicos, de otras religiones, humanos. Como obispo de la Iglesia católica puedo y debo dar a nuestra Iglesia esa contribución: pensar en voz alta mi fe y ejercer, con libertad de familia, el cargo de la colegialidad corresponsable. Callar, dejar correr con cierto fatalismo la fuerza de estructuras seculares, sería seguramente lo más cómodo. Pero no pienso que fuese lo más cristiano, ni siquiera lo más humano. (...) No podemos decir con mucha verdad que ya hicimos la opción por los pobres. En primer lugar, porque no participamos la pobreza real por ellos experimentada en nuestras vidas y en nuestras instituciones. Y en segundo lugar porque no obramos frente a la *riqueza de la iniquidad* con aquella libertad y firmeza empleadas por el Señor. La opción por los pobres, que no excluirá nunca la persona de los ricos —por cuanto la salvación es ofrecida a todos, y a todos se debe el ministerio de la Iglesia—, sí excluye el modo de vida de los ricos, "insulto a la miseria de los pobres", y su sistema de acumulación y privilegio, que necesariamente despoja y margina a la inmensa mayoría de la familia humana, pueblos y continentes enteros. (...)

Curia. Para muchos de nosotros ciertas estructuras de la curia no responden al testimonio de simplicidad evangélica y de comunión fraterna que el Señor y el mundo reclaman de nosotros; ni traducen en sus actitudes, a veces centralizadoras e impositivas, una catolicidad verdaderamente universal; ni respetan siempre las exigencias de una corresponsabilidad adulta, ni incluso a

veces los derechos básicos de la persona humana o de los diferentes pueblos. No faltan con frecuencia en sectores de la curia romana prejuicios, atención unilateral para las informaciones e incluso posturas, más o menos inconscientes, de etnocentrismo cultural europeo frente a América Latina, África y Asia.

Colegio cardenalicio. El colegio cardenalicio es privilegiado a veces con poderes y funciones que difícilmente se compaginan (...) con las funciones más eclesialmente connaturales del colegio apostólico de los obispos como tal.

Títulos. Juan Pablo, hermano, permítame todavía una palabra de crítica fraterna al propio Papa. Por más tradicionales que sean los títulos "Santísimo Padre", "Su Santidad"... —como otros títulos eclesiásticos de "Eminentísimo" "Excelentísimo"—, resultan evidentemente poco evangélicos e incluso extravagantes, humanamente hablando. "No os dejéis llamar padre o maestro", dice el Señor. Como sería más evangélico —y también más accesible a la sensibilidad actual— simplificar la indumentaria, gestos, distancias, dentro de nuestra Iglesia (Casaldáliga, 1988).

Sin duda, valdría la pena remitirse a leer la carta completa¹⁰ para conocer los diferentes temas que Casaldáliga le presentó a Juan Pablo II. En ella podemos corroborar que el tono es respetuoso, claro y abierto, pero sin dejar de ser profundamente crítico y confrontante en sus señalamientos, siempre desde los valores del Evangelio y la misión de la Iglesia, respecto a una realidad eclesial percibida desde una de las zonas más pobres y marginadas del mundo ¿Cómo reaccionó el papa polaco a la misiva? No lo sabemos, pero sí se conoce, por testimonio del propio Casaldáliga, la reacción de molestia del Cardenal Gantin, prefecto vaticano para los obispos.

La historia dice que al obispo de São Félix do Araguaia no le fue impuesto silencio alguno, a pesar de los varios intentos de ello que tuvo que enfrentar, cosa muy distinta al caso de un gran número de teólogos en diferentes países; ni tampoco fue removido anticipadamente de sus responsabilidades pastorales. Sin duda que la coherencia y celo pastoral que lo caracterizó desde su juventud fueron siempre respetados y reconocidos por las altas autoridades vaticanas, pero sin dejar de ser un personaje incómodo para el modelo eclesial impulsado desde esas alturas en el pontificado de Juan Pablo II, lo que hace de Casaldáliga una voz —y una vida— contra la ortodoxia.

¹⁰ Disponible en <http://servicioskoinonia.org/Casaldaliga/cartas/CartaAlPapa.htm>

Conclusiones

Después de este breve acercamiento a la vida y testimonio de Pedro Casaldáliga, constreñidos por la tiránica lógica de las generales pinceladas que implican una síntesis, no queda sino constatar la verdad de esa máxima evangélica que dice que “de lo que rebosa el corazón habla la boca” (Mateo 12, 34b). Cada una de las palabras de este profeta, expresadas a través de su poesía, cartas, escritos pastorales y las varias entrevistas que le hicieron a lo largo de su vida, está validadas por la coherencia del modo como él entendió el Evangelio y la valentía para hacerlo vida en sus opciones, actitudes y acciones.

Como profeta siempre fue fiel a su conciencia, y así lo proclamó, con gestos de ternura y servicio hacia los que sufren, y mirando a los ojos, de frente, a los poderosos y a las autoridades eclesíásticas, asumiendo con entereza y caridad evangélica las contradicciones, persecuciones e incomprensiones de ciertos sectores de una Iglesia que amo en fidelidad y compromiso radical. Ahora que se perciben algunos vientos que prefiguran balbuceos de cambios en la barca de Pedro, la vida y testimonio profético de Casaldáliga será un criterio a tener en cuenta para retomar el camino hacia lo que la Iglesia está llamada a ser, especialmente en lo que toca al ministerio episcopal y los criterios que animen una pastoral comprometida desde las periferias empobrecidas de todas las regiones del mundo; aunque a muchos poderosos, tanto dentro como fuera de la Iglesia, eso les incomode y busquen aniquilar el mensaje y la praxis, tal como aconteció hace dos mil años con el profeta surgido en Galilea.

Bibliografía

- CABESTRERO, TEÓFILO (1978). *Diálogos en Mato Grosso con Pedro Casaldáliga*, Salamanca: Ediciones Sígueme.
- CASALDÁLIGA, PEDRO (1976). *Yo creo en la justicia y la esperanza. El credo que ha dado sentido a mi vida*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- _____ (1977). *La muerte que da sentido a mi credo. Diario 1975-1977*, Bilbao: Desclée de Brouwer.

- _____ (1986). *Nicaragua, combate y profecía*, Madrid: Ayuso/Misión Abierta.
- _____ (1988). "La curia tiene poderes poco compatibles con los derechos humanos", en el diario *El País*, 23 de junio (DE, julio, 2014: http://elpais.com/diario/1988/06/23/sociedad/583020006_850215.html)
- _____ (1996). *Sonetos neobíblicos, precisamente*, Buenos Aires: Editorial Claretiana.
- _____ (2005). *Cuando los días dan que pensar. Memoria, ideario, compromiso*, Madrid: PPC.
- CASALDÁLIGA, PEDRO – VIGIL, JOSÉ MARÍA (1992). *Espiritualidad de la liberación*. Santander: Sal Terrae.
- CONTRERAS MOLINA, FRANCISCO (2004). *María, belleza de Dios y madre nuestra. Comentario literario-teológico a los más hermosos poemas marianos del siglo xx*, Navarra: Editorial Verbo Divino.
- GARCÍA, MERCEDES (1989). *Contemplativos sobre la marcha. Algunas notas de espiritualidad que D. Pedro Casaldáliga nos compartió en México*. México: Comunidades Eclesiales de Base.
- GONZALEZ BUELTA, BENJAMÍN (2002). *Orar en un mundo roto. Tiempo de transfiguración*. Bilbao: Sal Terrae.